

LAS PINTURAS RUPESTRES DEL CERRO BLANCO DE COVADONGA

CON ALGUNAS NOTAS SOBRE LA COMARCA CIRCUNVECINA

Por PABLO MARTINEZ DEL RIO, Profesor de Historia
Antigua y Medieval en la Universidad Nacional.

A pesar de su poca altura, que no pasa de unos 2,500 metros sobre el nivel del mar, y que por tanto resulta indudablemente modesta, es el Cerro o Peñón Blanco de Covadonga, en el Estado de Durango, una de las cumbres más notables de toda esa parte del país. Situado como se halla a la cabecera de la sierra de Yerbanís, o sea en la zona de transición entre los terrenos bajos, semidesérticos de la parte oriental del Estado, y la faja de estepas ondulantes y de cordilleras subsidiarias que se extienden a lo largo de la Sierra Madre Occidental, domina el Cerro una región de lo más extensa y variada. Por otra parte, la atrevida y caprichosa forma del enorme espolón granítico, al que da aún mayor realce la nivea blancura del material que lo constituye, ejerce, como siempre debe haber ejercido, un poderoso atractivo sobre la imaginación, desde cualquier punto que se le mire. (Foto 1.)

Alzase el Cerro casi equidistante de las ciudades de Torreón y Durango, que yacen cada una como a 100 kilómetros de distancia al Noreste y Suroeste, respectivamente. Los terrenos inmediatos se hallan poco habitados. Las poblaciones más cercanas son Nazas y Peñón Blanco, pero aun éstas se encuentran a 30 y 19 kilómetros de distancia, aparte de que se hallan muy decaídas. Las estaciones de ferrocarril menos lejanas son Agua de la Vieja y Pasaje, aunque para trasladarse al Cerro resulta prácticamente preferible bajar en la de Yerbanís y pernoctar en Peñón Blanco, que yace a 22 kilómetros de dicha estación, o en la hacienda de Covadonga, a un par de horas a caballo del Cerro, y a la que se puede también llegar en automóvil; desgraciadamente la finca se halla hoy casi en ruinas.

Este aislamiento es muy sensible, pues descontando el interés que despierta el propio Cerro, existen agrupados en torno del mismo diversos objetos naturales verdaderamente dignos de conocerse, como los

llamados "Pilares," extraño producto de la erosión que recuerda los restos de algún edificio gigantesco (Foto 2); la Cueva del Cerro Prieto, como de 200 metros de profundidad y rica en hermosas estalactitas; los enormes bloques del "Banco" y de la "Joya," que a veces asumen las formas más caprichosas (Fotos 3 y 4), y por último las pinturas rupestres a que se refieren estas notas y que tuve ocasión de estudiar el 21 de septiembre del año pasado aunque desgraciadamente no con todo el detenimiento que hubiese deseado. (Fotos 5, 6, 7 y 8.) El efecto psicológico de todas las curiosidades naturales a que me vengo refiriendo es muy considerable, ya que cada una de ellas merecería por sí sola emprender el largo y complicado viaje que exige su visita: por el momento me limito a señalar que ese factor psicológico quizá no sea de despreciarse para los efectos de cualquiera tentativa de explicación o de interpretación de las inscripciones.

Dase el nombre de "Banco" a una especie de escalón, como de dos a trescientos metros de ancho, que se extiende alrededor de la falda meridional del Cerro. Enfrente del escalón, y como a unos doscientos metros más abajo, corre en forma esporádica el arroyo llamado del Bernabellillo, que ocupa el fondo de una cañada, albergue de unos cuantos álamos. El escalón se halla sembrado de bloques de granito, y en diversos sitios lo cruzan transversalmente grandes costillas del propio material, sin que por esto deje de resultar bastante plano. La cresta Poniente del Cerro, elevándose casi verticalmente encima del "Banco" en un *a pic* formidable, viene en realidad a morir sobre el mismo, ya que el escalón continúa todavía un poco más adelante, o sea faldeando la ladera occidental de la montaña.

El sitio es de una grandiosidad salvaje, y es precisamente ahí, a corta distancia del pie de la arista convertida en imponente muralla, que se halla el bloque que lleva las pinturas. Dada esta circunstancia, y el papel que desempeña el Cerro en la topografía de toda la región circunvecina, el carácter orolátrico de las mismas, aunque posiblemente no el preeminente, es algo que a mi entender no puede descartarse a la ligera. Efectivamente, un devoto que desease elevar un altar ante el Espíritu del Cerro, no podría haber escogido un punto más apropiado.

El bloque mide unos nueve metros de ancho y otros tantos de altura visible: su inclinación hacia adelante, o sea hacia el Sur, es tal que una vertical trazada desde la parte superior tocaría el suelo unos cinco metros frente a la línea de contacto entre este último y la parte inferior de la peña. Como las inscripciones ocupan el frente meridional del bloque, una persona colocada frente a ellas no puede ver el Cerro, desde el momento que el mismo bloque se interpone. Por el lado Poniente del bloque puede penetrarse a una larga y estrecha gruta que se halla formada por el bloque de las pinturas junto con otros dos, de los cuales uno sirve de techo. La gruta se extiende, por tanto, detrás de las ins-

cripciones y se halla abierta en sus dos extremidades opuestas. Podría alojar a unas quince o veinte personas, las cuales dispondrían de agua permanente como a doscientos metros de distancia; pero no hay huellas de fuego sobre las paredes. El suelo, que es de arena, no parece haber sido removido por ninguno de los numerosos buscadores de tesoros que desde hace algunos años vienen explorando esta región en busca de diversas sumas que según se dice fueron escondidas por Canuto Reyes, Calixto Contreras y otros extintos jefes villistas. Falto de tiempo y de elementos, tampoco pude practicar excavación alguna.

Las inscripciones se hallan distribuídas sin orden ni concierto aparente a lo largo de una faja como de seis metros de largo y dos de alto sobre el nivel del suelo. Por dicha faja corre diagonalmente una ceja que se advierte con claridad en las fotografías, y los diseños se presentan en mayor abundancia debajo de dicha ceja y hacia el centro de la banda. No todos han resistido con el mismo éxito los estragos del tiempo, ya que algunos se ofrecen muy borrosos y otros casi han desaparecido. Según me informó el pastor Luis Vázquez, no han dejado de intervenir agentes humanos en la obra de destrucción, toda vez que algunos visitantes frotaron los signos en cierta ocasión con pañuelos humedecidos, y a ellos también deba quizá atribuirse el desprendimiento de una pequeña lámina de granito y la mutilación de algunas figuras. Los signos parecen haber sido pintados directamente sobre la piedra, sin rebajamiento o preparación de la superficie de la misma.

Frente al bloque hay un espacio bastante amplio cubierto de arena y justamente al pie de las pinturas algunos desconocidos hicieron una pequeña excavación que dió por resultado el hallazgo de una pieza de cerámica. Encontré un fragmento de esta pieza: trátase de una cerámica grosera, de defectuosa cocción y sin ornamentación aparente.

El color de las inscripciones, rojo indiano, es casi idéntico en todos los diseños, aunque en unos pocos, y debido ya a alguna modificación en la composición del pigmento, ya al escurrimiento del agua, tiende al bermellón. Esto se advierte por ejemplo en los signos B y C de la figura 5, y ha determinado que dichos diseños se presenten con mayor vigor en las fotografías respectivas. En cambio, la hermosa tira que se halla reproducida en la figura 1 y en la fotografía 5, y que forma parte de un pequeño grupo aislado hacia el Poniente (reproducido íntegramente en la figura citada), parece haber sufrido menos con los años y se muestra más oscura. Ignoro, por otra parte, hasta qué punto estas diferencias indiquen mayor o menor antigüedad de los signos, que no creo se remontan todos al mismo momento, sino que corresponden más bien a dos ocasiones distintas. Tampoco pude determinar de qué pigmento se habrá servido el artista, aunque me sospecho que debe tratarse de algún

compuesto a base de almagre, que aún se emplea en esta zona. Lo cierto es, que por lo general parece haber resistido la acción del tiempo en forma bastante aceptable.

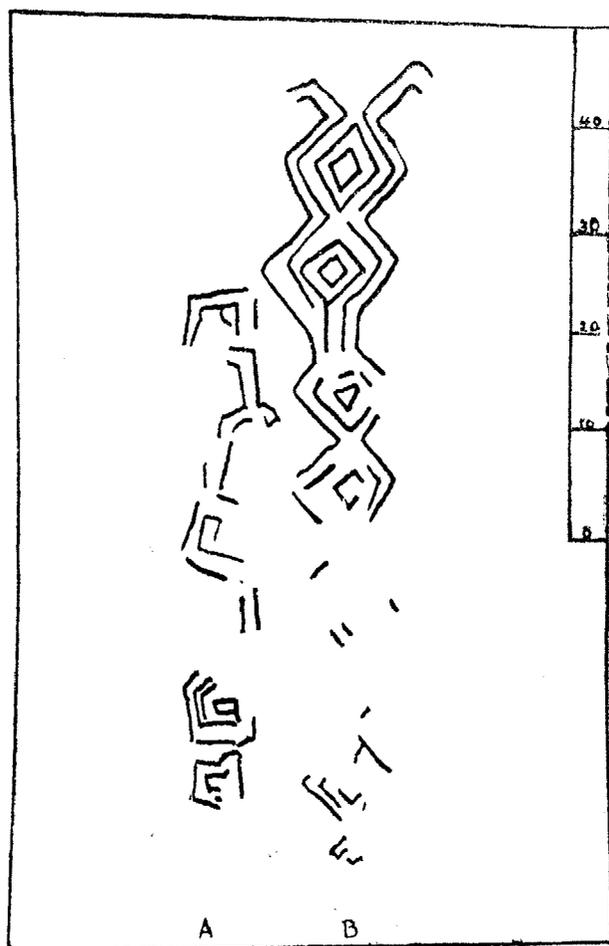


Fig. 1. Grupo de pinturas del "Banco."

No me fué posible, en el corto tiempo de que dispuse, hacer una calca de toda la faja, y me vi obligado a calcar únicamente los grupos que me parecieron más interesantes: aun así, debido a la brisa que soplabá en esos momentos, mi trabajo dista mucho de ser una obra perfecta. Los signos copiados se hallan marcados en la fotografía 8, con cifras y letras que remiten a las figuras 1, 2, 3, 4 y 5. Tales figuras son reducciones de estas calcas parciales.

De dos visitas que practiqué hará unos doce y treinta años, respectivamente, sólo conservo recuerdos confusos. Debo, no obstante, advertir que desde mediados de 1923, obra en poder de las autoridades interesadas, una copia azul de un pequeño croquis que hizo el ingeniero

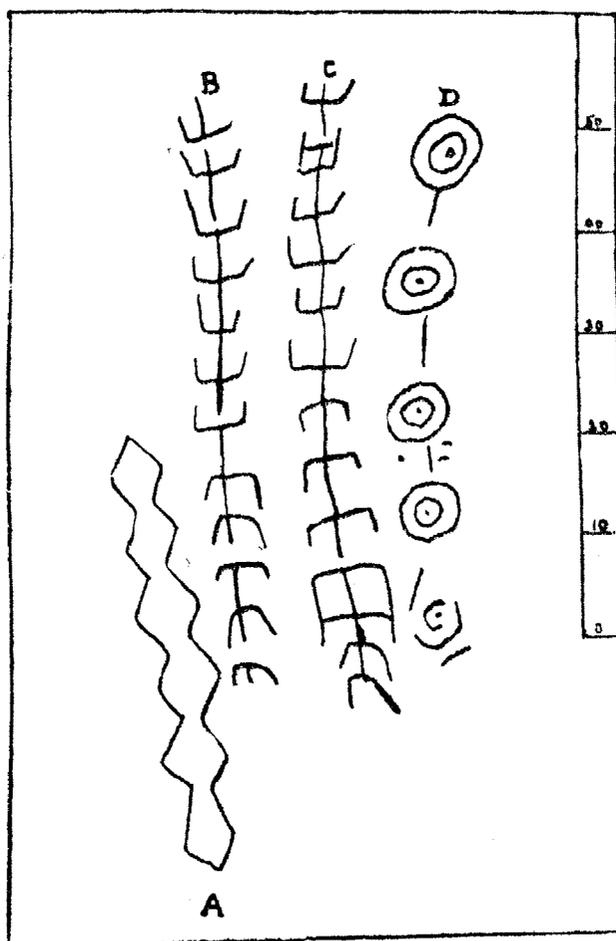
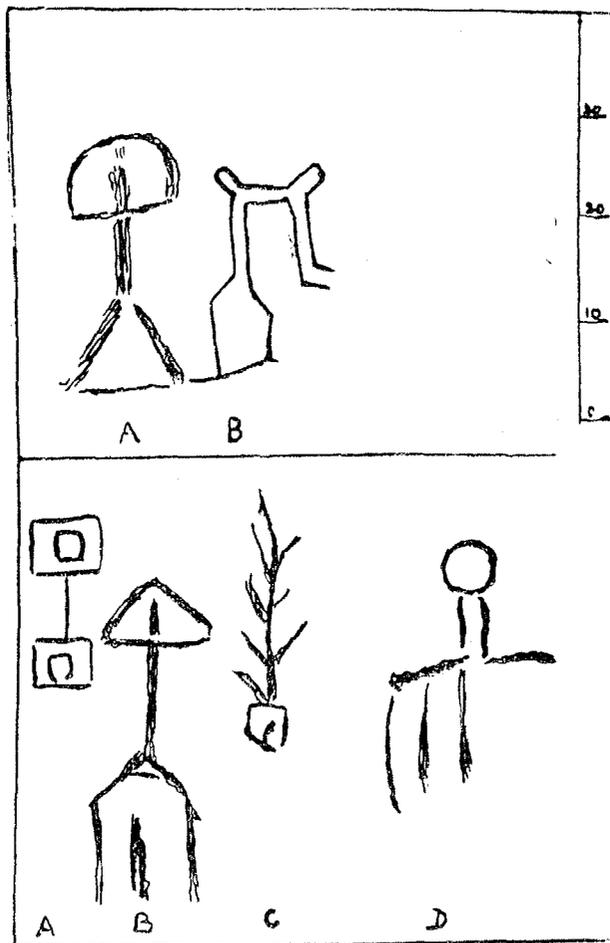


Fig. 2. Grupo de pinturas del "Banco."

Gaspar Garza Lara, de Torreón, y que un pariente suyo entregó a la que era entonces Dirección de Antropología. Posteriormente, la Dirección escribió al autor solicitando datos adicionales, sin haber tenido respuesta. El croquis es a muy pequeña escala, y dista mucho de ser irreprochable, pero me ha resultado utilísimo. Es desde luego importante hacer notar que no incluye algunas de las figuras más interesantes, co-

mo A y B de la figura 3 y B, C y D de la figura 5. A reserva de volver sobre este punto, haré notar, en cambio, que el croquis reproduce otros signos que hoy ya no pueden distinguirse con precisión: si el autor no se valió de su imaginación, esto puede resultar de interés para juzgar acerca



Figs. 3 (arriba) y 5 (abajo). Grupos de pinturas del "Banco."

de la antigüedad de las pinturas, ya que si son tantos los desperfectos que han sufrido en unos cuantos años, no es de suponerse que las pinturas hayan durado muchos siglos. Lo que es indiscutible de todas maneras es el carácter netamente prehistórico de las mismas, por lo que toca al estado cultural de sus autores: menos aún puede negarse que sean obras de indígenas (1).

(1) El expediente que contiene el croquis del Ing. Garza Lara se halla actualmente en la Dirección de Arqueología de la Secretaría de Educación Pública, VIII-1(05(721.3)-1, y

La orografía de la región que se extiende alrededor del Cerro Blanco, es un tanto complicada: he tratado de reducirla a sus rasgos fundamentales en el plano 1. Por el momento, es de notarse en forma

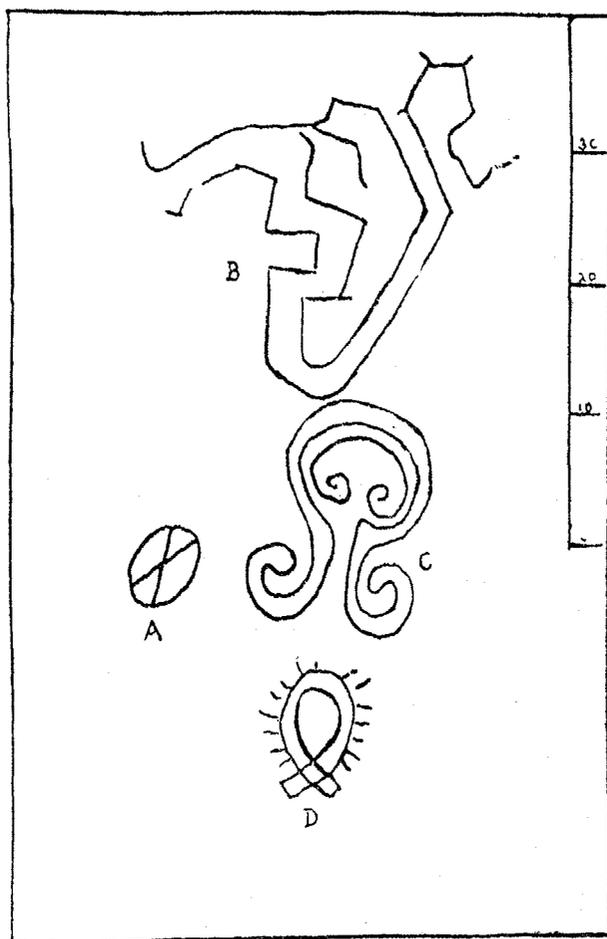


Fig. 4. Grupo de pinturas del "Banco."

muy especial la relación que guarda la montaña respecto al terreno cerril que define la cuenca del río Nazas por el lado del Sur, respecto al cañón del río de Covadonga, que atraviesa dicho terreno, y también respecto

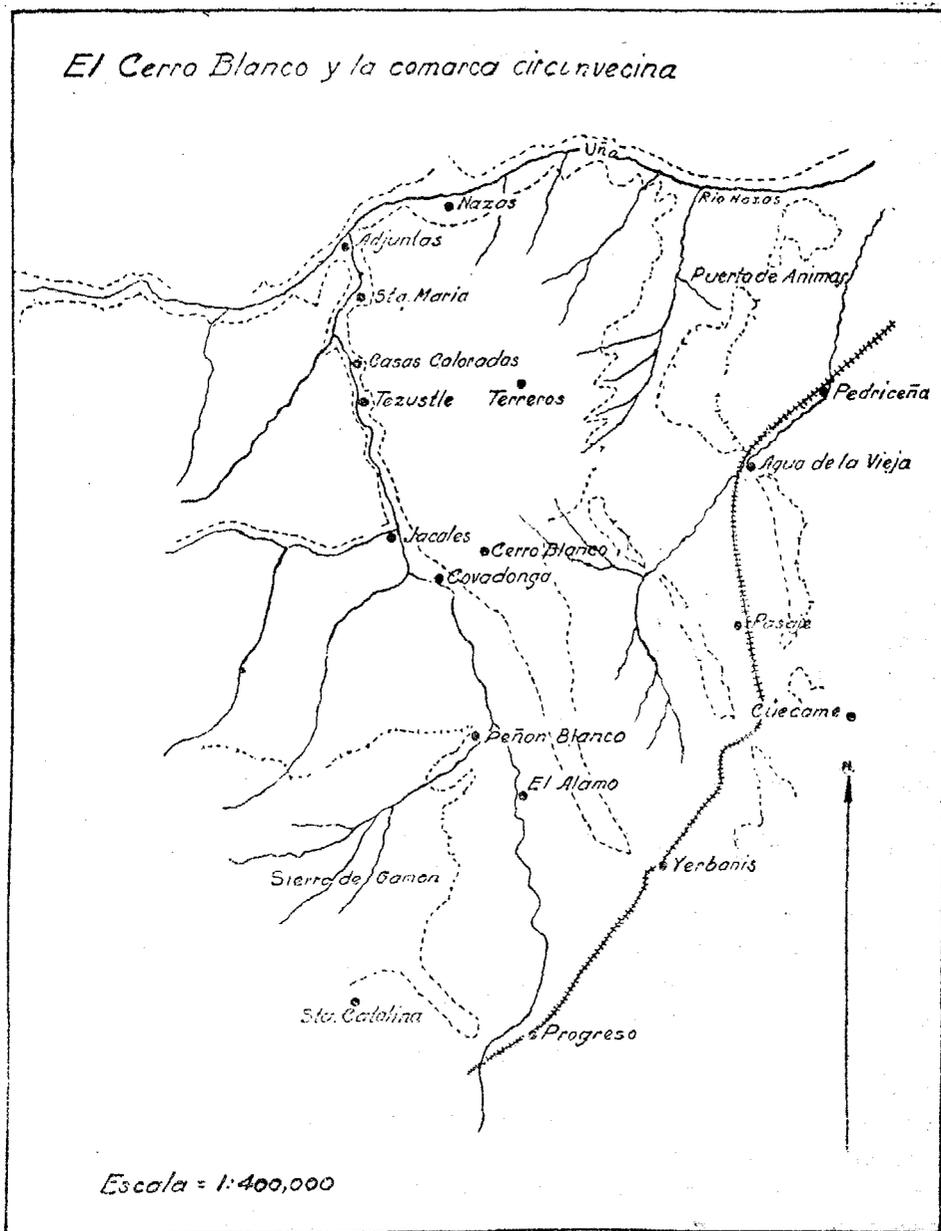
consiste solamente del croquis y de copia de la comunicación enviada a su autor. Autorizado por el Director, Arq. Ignacio Marquina (a quien debo todo género de facilidades para el presente trabajo), reproduzco dicho croquis. (Fig. 6.) Deseo hacer constar mi agradecimiento hacia el señor Marquina y al personal de la Dirección, lo mismo que al Director del Museo Nacional, doctor Alfonso Caso, y al Director del Instituto de Biología, profesor Isaac Ochoterena, por la cooperación que me han prestado.

a la sierra de Yerbanís que, como hemos dicho, marca en cierto sentido la transición entre los desiertos centrales del país y la zona más productiva que se extiende hasta la Sierra Madre.

Por lo que toca a la flora, puede decirse que la gobiernan dos factores: altura sobre el nivel del mar y distancia de la costa. La región al Oriente de la sierra de Yerbanís, relativamente baja y con sus numerosas variedades de plantas espinosas, corresponde, repito, a los grandes desiertos centrales. Por lo general, en todos esos terrenos la falta casi absoluta de pastos ha dado lugar a que las laderas de los montes se presenten en su pétreo desnudez primitiva, interrumpida con mayor o menor frecuencia por manchones de lechuguilla (*agave lechuguilla* Torrey), de palma y de pequeños agaves. Realizando también verdaderos prodigios nutritivos florecen el cardenche (*opuntia cardenche* Griff.), el chaparro gigante (*acacia constricta* Benth.), el ocotillo (*fouquiera splendens* Eng.) y demás plantas características. En los bajíos, constituídos a menudo por grandes bolsones llenos de esa tierra blanca de aluvión que es la riqueza de la "Laguna," y que aquí también resulta maravillosamente fértil cuando se dispone de agua segura, hay por lo general grandes cantidades de gobernadora (*covillata tridentata* (DC.) Varl.)

Al Poniente de la sierra de Yerbanís, el paisaje cambia totalmente de aspecto, ya que se encuentran, a corta distancia de las faldas de la misma, amplias extensiones ricamente empastadas y aun verdaderos bosques de añosos mezquites (*prosopis juliflora* (Sw.) DC.) sin que por ello dejen de presentarse grandes lunares de carácter desértico en los terrenos más bajos. Siguiendo hacia el Occidente, según se acentúa la elevación sobre el nivel del mar, comienzan las estepas, ya propias para el cultivo temporalero del maíz y del frijol: la sierra de Gamón, que se yergue en plena región esteparia, se halla poblada de coníferas.

Esta zona al Poniente de la sierra de Yerbanís, debe haber sido en otro tiempo un verdadero paraíso para los cazadores, como ha vuelto a serlo hoy día. Efectivamente, la supresión de la explotación ganadera como resultado de los disturbios revolucionarios ha dado lugar a que los venados se constituyan en una verdadera plaga: sólo en el transcurso de tres o cuatro días cayeron en unas trampas tendidas por el propietario del "Porvenir," al pie de la sierra de Yerbanís, no menos de cuarenta de estos animales, que habían cosechado algunas de sus labores por cuenta propia. Hay también cierto número de jabalíes, así como algunos ejemplares del felino que en esa comarca merece el nombre de "león," pero que en realidad no es más que un gato montés de proporciones un tanto mayores que las ordinarias. Las perdices y las codornices son presa fácil, y existen también en cierta abundancia liebres y conejos: lo mismo puede decirse de las aves de presa y sobre todo de las víboras de casca-



Plano 1. El Cerro Blanco y la región circunvecina.



bel, las que, debido a la supresión de la ganadería, se han multiplicado en forma alarmante en todo ese distrito.

Como se ha advertido, el Cerro Blanco se alza a la cabecera de la sierra de Yerbanís, de aspecto y de formación muy distintos, y que desprendiéndose en dos cordones aislados de las faldas meridionales del Cerro para dar lugar de ese modo a la depresión conocida bajo el nombre de la "Joya," constituye, un poco más abajo, un solo pliegue de una longitud como de 25 kilómetros e inclinado de Noroeste a Sureste. Bañando los pies de la sierra, y siguiendo, por tanto, un curso casi paralelo, corre el río del Alamo, el cual, después de recoger las aguas de un afluente lateral cerca de Peñón Blanco, recibe el nombre de río de Covadonga, y penetra, al Noroeste de dicha finca, dentro del largo y tortuoso cañón que se ha abierto a través de los macizos que limitan por ese lado la cuenca del Nazas. Tanto el río de Covadonga como el Nazas son de corriente perenne. El largo cañón, que aquí y allá ofrece pequeños ancones propios para la agricultura, resulta, por lo general, intransitable para vehículos, si bien, como veremos, se ha venido empleando desde tiempos seguramente inmemoriales como vía de comunicación entre la cuenca del Nazas y los terrenos, relativamente ricos, al Sur del macizo. Como la altura de éste no es muy grande, la mayoría de los cerros que lo constituyen se hallan cubiertos de lechuguilla, incluyendo aquellos que yacen al Poniente del cañón. Al Oriente, en cambio, albergan una planicie ondulante cubierta de pasto: la mesa de Terreros.

Las difíciles condiciones de vida en la región de los desiertos centrales, tan escasos en agua, en pastos y, por tanto, en caza, reducen lo que podríamos llamar la avenida migratoria de nuestro país, para los grupos humanos procedentes del Noroeste, a una faja sobre cuyas orillas opuestas cabría colocar los litorales del Pacífico y el puerto de Animas, a su vez situado a corta distancia al Noreste del cerro, como se puede ver en el plano relativo.

Como se notará, el Cerro Blanco, que desde tiempos inmemoriales debe haber llamado la atención por su situación no menos que por su forma, se halla próximo al cañón de Covadonga y no lejos de aquella otra vía de comunicación que pasa por el puerto de Animas. En las inmediaciones del mismo abundan todavía el venado y otros animales, así como la posibilidad de hacerse de puntas para flecha. A su vez, la pintoresca "Joya," viene a constituir una enorme fortaleza natural, que aun en tiempos recientes ha servido de refugio a numerosos guerrilleros y descontentos, desde el general García de la Cadena hasta Calixto Contreras. Todos estos factores, unidos a los ya señalados, no sólo ayudan a explicar la presencia de las pinturas del "Banco" sino que uno de ellos, o sea su proximidad a las vías de comunicación aludidas, y muy especialmente a la que pasa por el cañón de Covadonga, puede arrojar mucha

luz sobre el propósito de las mismas, como procuraré explicar más adelante.

Del estado que guardaba esta región en tiempos anteriores a la Conquista, no sabemos mucho, y nuestra ignorancia es casi absoluta cuando intentamos remontarnos un par de generaciones antes de dicho acontecimiento. Desde el punto de vista arqueológico, el distrito resulta paupérrimo. Aunque en la Carta Arqueológica de la República figura la antigua hacienda del Pasaje, situada en la zona semidesértica al Oriente de la sierra de Yerbanís, tengo la convicción casi absoluta de que al incluirse dicho punto en la Carta se obró en virtud de noticias de todo inexactas.

Sin embargo, quizá deba aquí señalar el hallazgo reciente de un esqueleto, encontrado a corta profundidad en una gruta, por cierto tan baja de techo, que aun en su parte más alta es menester permanecer encorvado y que se halla situada como a un kilómetro y medio del bloque de las inscripciones. Junto con el esqueleto, se exhumó un utillaje lítico que tampoco pude examinar, pero que según me dicen está en poder del descubridor, don Facundo Pulido, de Peñón Blanco. Dada la escasez de los enterramientos en esta parte del país hubiese deseado poder seguir pista tan interesante. Por su parte, el pastor Vázquez me obsequió una vasija sin ornamentación de ninguna especie, pero de forma no desprovista de elegancia, hallada por él en la "Joya." Pero no hay motivo para asegurar que vasija o restos humanos sean forzosamente precortesianos, aunque a este propósito debe una vez más recordarse que en realidad la prehistoria de esta zona, por lo que toca a muchos de sus habitantes, se extiende a fechas aún posteriores a la Independencia.

La toponimia local no arroja, por su lado, muchas luces. Sólo conozco en toda esta región seis o siete nombres indígenas, entre ellos Tezastle (en el cañón de Covadonga), Acatita (Acatitlán), Huejotita (Huejotitlán), Machagán y Huariche. Lo cierto es que la nomenclatura restante es hispana. Por otra parte, todo el mestizaje actual acusa una fuerte proporción de sangre española.

Para los contactos entre aborígenes y europeos, desde la expedición del conquistador Mercado en adelante, hay una documentación bastante copiosa, y en tiempos recientes han aparecido los excelentes trabajos del doctor Meham (1) y del ingeniero Alessio Robles (2). Pero no hay duda posible de que la obra de pacificación emprendida por los españoles desde mediados del siglo XVI, nunca llegó a alcanzar un éxito completo. Al contrario, nadie ignora que por mucho tiempo los nómadas constituyeron un serio problema para la administración hispana, que ésta a su vez transmitió a los diversos gobiernos republicanos.

(1) Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya. 1927.

(2) Francisco de Urdiñola y el Norte de la Nueva España. 1931.

Es de notarse que las invasiones se realizaban en forma intermitente, y que los comanches y demás tribus permitían que la comarca gozase a veces de épocas de tranquilidad, sucedidas por otras de gran turbulencia, que llegaron a determinar hasta el abandono de las haciendas.

Así, y ateniéndonos sólo a documentos locales, en la petición elevada en la primera mitad del siglo XVIII por el apoderado de don Francisco de Valdivielso, para ser admitido a composición con la Corona en lo tocante a las tierras que poseía en este distrito, describe cómo en tiempos pasados, los dueños de las haciendas de la Magdalena, Cruces y San Buenaventura, sitas sobre el río de Covadonga, "justamente temerosos de los asaltos, e invasiones de los Indios Bárbaros, desampararon dichas haciendas, quedando éstas deciertas, yermas, y despobladas, mas espacio de treinta años en que vinieron a total ruina las casas, corrales, sercas, y demás fábricas que tenían; consumiéndose también por dichos Indios Bárbaros los bienes que habían." Y no sólo contento con describir este lamentable estado de cosas, que debe haberse registrado hacia 1650, pasa en seguida a decir cómo el Marqués de Altamira, causante directo de Valdivielso y a cuyo poder habían pasado las propiedades, hubo de hacer frente al "suntuosísimo costo de haberlas mantenido y mantenerlas a expensas de escoltas dobles de Gente armada, que a mas de conducir en lo privado a el Interez particular de los dueños importa en lo general para contener la Barbaridad de los Indios enemigos Apostatas y Reveldes, que solo viven del robo, y que para hacerlo se seban en las vidas de los Vasallos de su Magestad" (1).

Precisamente para contrarrestar este peligro había quedado constituido en la estancia de San José, o sea en los terrenos, también pertenecientes a Valdivielso, al Oriente de la sierra de Yerbanís, el real presidio del Pasaje, cuyo sostenimiento gravaba en calidad de servidumbre al dueño de dichos terrenos, que debía facilitar a los presidiarios el uso gratuito de las tierras, aguas y pastos que necesitaran para su manutención, así como para la de sus animales, conservando, sin embargo, el propietario el pleno dominio y propiedad de las tierras, para el momento en que se declarase extinguido el presidio. El del Pasaje quedó en servicio hasta fines de 1770, en que el virrey marqués de Croix lo suprimió, obligando a los propietarios a entregar determinada cantidad a la Real Hacienda. Aunque la cañada llamada de "Los Indios," que cruza un pequeño cordón al Poniente de dicho presidio, aún nos habla en forma elocuente de esos tiempos tan aciagos, no creo, dada la pobreza del terreno, que las invasiones hayan llegado a alcanzar por ese rumbo las proporciones que tuvieron más al Occidente. Me sospecho que el presidio quedó establecido en ese punto, más bien por tratarse de una especie

(1) MS. en el archivo de la hacienda de Santa Catalina, leg. 3. (circa 1730).

de oasis en el desierto, con campos de sembradío y abundantes veneros de agua permanente, sobre el camino entre el real de Cuencamé y la ciudad de Durango, constituyendo, como su nombre lo indica, importante lugar de paso (1).

Otra prueba elocuente de la virulencia de las incursiones nos la proporcionan los torreones, hoy en lamentable estado de ruina, de Santa María y de Casas Coloradas, que, por su situación dentro del cañón resultan de un interés muy especial para el asunto que nos ocupa. Aunque mucho más distante del Cerro, debo también referirme a las defensas de la hacienda de Santa Catalina, que con sus altas murallas desprovistas de entradas, salvo por un solo lado, y además coronadas por aspilleras, su iglesia fortificada y sus torreones, aun ofrece, a pesar de diversos trabajos de restauración y de reconstrucción, todo el aspecto de una fortaleza. El rancho de la Flor, a corta distancia de dicha hacienda, constituye otra fortaleza en pequeño.

Pero no son esos los únicos recuerdos que todavía se conservan ahí acerca de los invasores. El fierro de la hacienda es una flecha estilizada. A un par de kilómetros de las casas señalase aún el cerro llamado del "Vigía," sobre cuya cumbre solía haber un guardián encargado de estar pendiente de cualquiera irrupción por ese lado, el más peligroso desde el momento en que constituye la principal salida de la sierra de Gamón, en la que los nómadas solían establecer sus campamentos. A una señal convenida, los vecinos abandonaban sus labores y se refugian, a toda prisa, dentro del recinto fortificado. Sin embargo, y a pesar de esta providencia, conocí en mi niñez a uno, el viejo sacristán Julián de Santiago, que de pequeño fué sorprendido en el campo por los bárbaros quienes le atravesaron la caja del cuerpo con una lanza.

Pero para mayores detalles acerca de la situación de esa región durante el siglo pasado, no puedo hacer cosa mejor que referirme a la conocida obra de Tempsky: aunque el autor no se ocupa precisamente de ese distrito, sino de zonas que yacen cercanas por el Poniente y el libro debe además leerse con cierta cautela, no hay duda que el estado de cosas que nos presenta no debió apartarse mucho de la verdad, por lo menos en sus principales lineamientos (2).

De todo lo anterior se deduce que, por haber pasado esa comarca durante la época colonial y parte de la independiente, por períodos durante los cuales los nómadas la recorrieron a su antojo, resultaría del todo imposible precisar a qué momento se remontan las pinturas, de la misma manera que tampoco podemos saber quiénes fueron sus autores.

Poco, desgraciadamente, es lo que se ha aventajado en la interpre-

(1) *Ibidem*, leg. 4.

(2) *Travels in Mexico*, 1858.

tación del arte rupestre de nuestro continente. Colocado como se halla el hombre civilizado sobre un plano intelectual tan distinto, petroglifos y pinturas que al aborigen, a pesar de su estado inferior de cultura, quizá resulten de una claridad meridiana, se le ofrecen desprovistos de todo significado, con el agravante de que en muchos casos, probablemente en la mayoría de ellos, los signos deben haber tenido un sentido oculto, salvo para los iniciados de la tribu. Sea como fuere, es de temerse que el secreto de muchos de los símbolos se haya perdido irremisiblemente, y lo cierto es que cualquiera tentativa de interpretación se halla sujeta de antemano a todo género de reservas. Apresurémonos, sin embargo, a reconocer que fuera de toda cuestión de interpretación literal, la gráfica epilitica ofrece, como veremos, importantísimas posibilidades desde otros puntos de vista, y merece, por tanto, una atención muy especial, sobre todo en el Norte de nuestro país, donde se hallan abundantísimas manifestaciones que aun no ha sido dado estudiar con todo el detenimiento que merecen.

Entre los trabajos que sobre esta materia han llevado a cabo los arqueólogos norteamericanos, deben citarse, de preferencia, los del señor Garrick Mallery (1) y los del señor Julián H. Steward (2). Este último, sobre todo, ha hecho un estudio rigurosamente científico de más de doscientos petroglifos e inscripciones diseminados por los Estados de California, Nevada, Utah y Arizona, así como en la zona limítrofe de nuestro Territorio de la Baja California, fijándose muy especialmente en la frecuencia con que aparecen determinados signos. A este respecto debo hacer notar que sería gravísimo error creer que en cada caso específico los autores de las inscripciones se dejaron llevar únicamente por un capricho de momento. Al contrario, en muchos particulares, los signos se nos presentan como otras tantas manifestaciones de una especie de lenguaje pictórico, ya muy adelantado hacia la convencionalización, con pronunciadas diferencias locales, pero abarcando un *continuum* de varios cientos de miles de kilómetros cuadrados y reposando sobre un *stratum* que incluye parte de la América del Sur. El señor Steward ha escogido cincuenta elementos, *elements of design*, o sean signos aislados o partes importantes de los mismos que él juzga característicos del arte rupestre del Suroeste de los Estados Unidos, y su distribución se halla

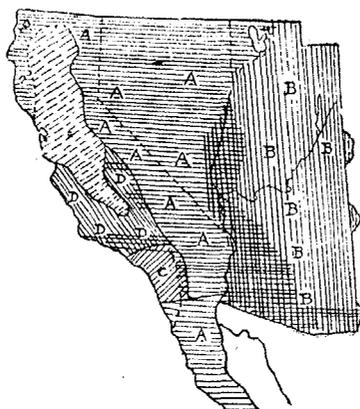
(1) *Pictographs of the North American Indians*. Bureau of American Ethnology, Washington, D. C., Fourth Annual Report, 1886; y *Picture Writing of the American Indians*, Tenth Annual Report de la institución citada 1893. Este último constituye un verdadero corpus sobre la materia.

(2) *Petroglyphs of California and Adjoining States*, University of California Press, Berkeley, Calif., 1929. El lector de estas notas se dará cuenta de lo que debo al autor de este estudio verdaderamente admirable, pero quiero hacer constar mi agradecimiento muy especial por algunas indicaciones utilísimas que me ha hecho y por el permiso que me ha dado de hacer uso de su libro en la forma que estime más provechosa. Deseo sin embargo, advertir que el señor Steward, aún no ha visto ni este trabajo ni las conclusiones a las que llego, que son de mi exclusiva responsabilidad.

explicada en una multitud de planos de esa zona, con anotación de si se trata de petroglifos o de pinturas. De los resultados obtenidos, el autor ha podido dividir todo el extenso territorio abarcado por la investigación en cuatro "áreas," dentro de las cuales se presentan con mayor frecuencia determinados elementos. (Plano 2.)

Steward procura eliminar hasta donde resulta posible toda apreciación meramente subjetiva, y se muestra además sumamente cauto en cualquier conato de interpretación, cosa un tanto sensible dada su gran experiencia. Pero su trabajo es un modelo en su género.

De los cincuenta elementos estudiados por Steward no hay uno solo que aparezca en todas las inscripciones que cita, aunque, a juzgar



Plano 2. Areas petrográficas del Suroeste de los Estados Unidos, según Steward.

por los planos y la tabla de resultados que figuran al final del volumen, existen cuatro —los círculos concéntricos, el zig-zag, la figura humana, y el disco solar—, que rara vez se hallan ausentes. Diré de paso que todos los encontramos en el "Banco."

Antes de seguir adelante, quizá no esté por demás hacer algunas observaciones sobre el método empleado y los resultados que arroja. Por lo que toca al primero, y sin que pueda naturalmente considerarse infalible, hay que reconocer las múltiples excelencias del sistema, ya que el gran número de signos y de estaciones arqueológicas consideradas indudablemente reduce los peligros de error a un minimum casi absoluto. Todo ello es naturalmente una adaptación, ingeniosamente concebida, de métodos que con frecuencia se utilizan en todo proceso de investigación arqueológica; y las consecuencias resultan en extremo interesantes, ya que nos permiten determinar las regiones donde han permanecido más tiempo, o por lo menos desarrollado mayor actividad epilítica ciertos grupos y tribus caracterizados por el uso de ciertos signos. Aquellos ca-

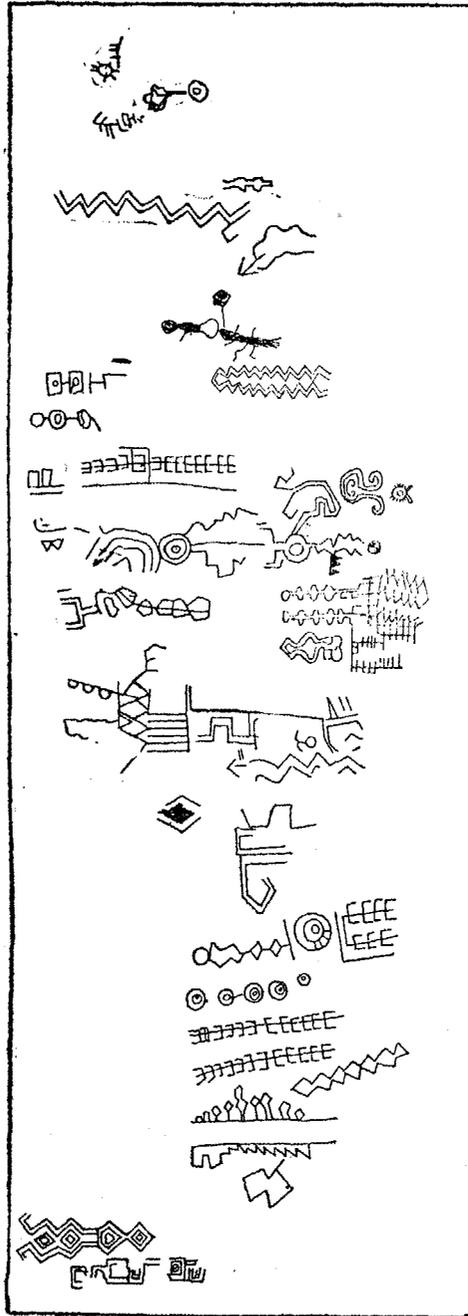


Fig. 6. Las pinturas del "Banco:" croquis del Ingeniero Garza Lara.

sos en que éstos aparecen en forma aberrante, o sea lejos de la zona habitual, arrojan preciosa luz sobre interesantes fenómenos de difusión o posibles desplazamientos.

A juzgar por los datos que existen en la Dirección de Arqueología, los Estados de Sonora, Sinaloa y Durango, tan pobres en otro género de vestigios arqueológicos, ofrecen en cambio un gran número de petroglifos y pinturas rupestres, y la falta casi absoluta de otros informes determina que dichas inscripciones tengan una trascendencia difícil de exagerar para el estudio de la prehistoria de dicha comarca. Lo mismo puede decirse de la Baja California, cuya parte septentrional quedó comprendida en el trabajo de Steward, y que también ha dado lugar a estudios por parte de otros arqueólogos. Falto de una información detallada, no he intentado por el momento relacionar las pinturas del Cerro Blanco con las inscripciones de los tres Estados citados, más aún, ni siquiera con las que, según un expediente en poder de la Dirección de Arqueología, se hallan en Paso Nacional (antes Santa Teresa de la Uña), a distancia relativamente corta del Cerro, como se puede observar en el plano. Pero este estudio resulta necesarísimo, máxime ahora que gracias a Steward puede plantearse sobre bases verdaderamente provechosas.

Antes de proceder al análisis detallado de los signos del "Banco" conviene prestar atención al problema que suscita el hecho de que en el diseño del ingeniero Garza Lara no aparezcan diversas figuras que hoy indiscutiblemente se encuentran allí, pero que por la circunstancia expresada, quizá habrían de calificarse como de autenticidad dudosa: en otras palabras, posteriores a su visita.

Dichos signos se presentan, por lo general, con gran viveza en las fotografías, y entre ellos debo señalar los marcados A y B de la Fig. 3, y B, C y D de la 5, así como la serpiente, representada en forma muy realista, (a) de la Fig. 7. B y C de la Fig. 5, tienden, como se ha manifestado, hacia el bermellón; D, en cambio, es de color muy oscuro. Debe también señalarse que entre A de la Fig. 3 y B de la 5 hay gran parecido. Sin embargo, entre estos signos y los demás de las pinturas del "Banco" existe, indiscutiblemente, cierta diferencia estilística, que desde luego reconozco.

En la imposibilidad de localizar al ingeniero Garza Lara, que sería naturalmente la persona indicada para resolver el punto en forma definitiva, no puedo hablar con una certidumbre absoluta, pero me apresuro a manifestar que a mi entender estos signos deben considerarse tan auténticos como todos los demás. No pretendo, por un solo momento, que se remonten a la misma época, pero es mi impresión que no cabe signo más característico del arte indígena, que el expresado signo A de la Fig. 3, que hallamos repetido en la 5. Nótese, a este respecto, el signo (b) de la Fig. 7, que está tomado de unos petroglifos cerca del río

Mancos, Colorado. Además, hace ya muchos años que no hay nómadas en esa parte del Estado. Me inclino en realidad a creer que el ingeniero Garza Lara, impresionado por la diferencia en el colorido, así como por la discrepancia estilística que ya he señalado, optó por suprimir de

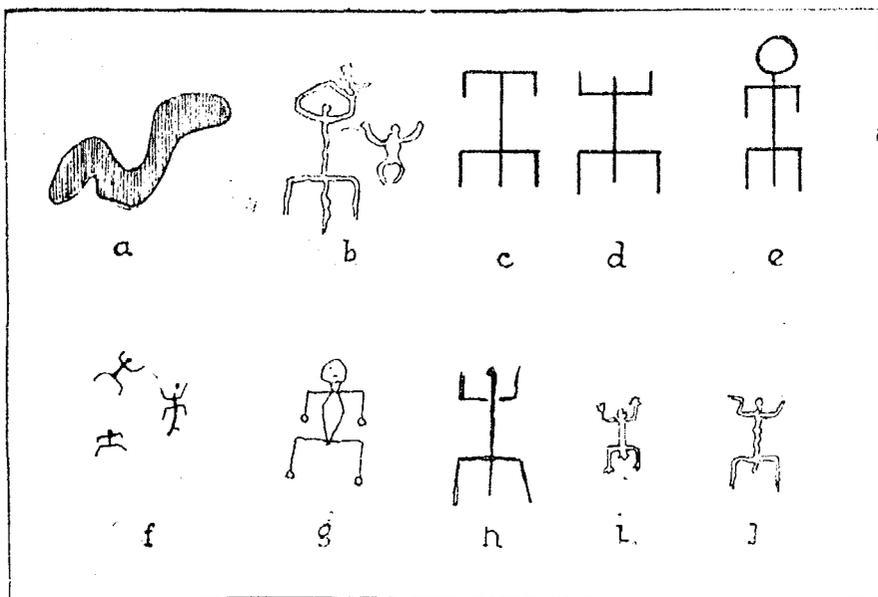


Fig. 7. Signos diversos: (a) Cerro Blanco; (b) río Mancos, Colorado, Mallery. Jenth. Annual Report, Fig. 35; (c) y (d) Cerro Blanco; (e) al Sur de Phoenix, Arizona, Steward, Fig. 75; (f) ibidem, op. cit. Fig. 76; (g) Ojo de Venado, Nuevo México, Jenth Annual Report, Fig. 58; (h) Arizona, shoshone; (i) cañón de Cheley. Steward, Fig. 85; (j) río Mancos, Jenth Annual Report, Fig. 35.

plano todo ese grupo de signos por un exceso de precaución que, sin negar la importancia del servicio que nos ha rendido, debe estimarse injustificada.

Ya he manifestado que de los cuatro signos señalados por Steward como comunes a casi toda la gráfica epilítica del Suroeste de los Estados Unidos, no falta uno en las pinturas del Cerro Blanco, aunque uno de ellos, la figura humana, sólo corresponde al grupo excluido por Garza Lara. De los restantes, encontramos seis que estimo tienen equivalencias seguras, o por lo menos, muy probables, en las diversas áreas en que nuestro autor ha dividido la zona por él estudiada, la A y la C, especialmente. (Plano 2.) Hay otros más dudosos. Los seis elementos en cuestión son la serpiente (en la serie excluida por Garza Lara, o sea (a) de la Fig. 7, pero también estilizada como serie de diamantes en el grupo más numeroso), los círculos unidos, los símbolos de lluvia (?), el doble diamante (*lozenge*) aislado, las series de diamantes, el insecto. Pero hay varios, como se ha dicho, que casi caen dentro de las definiciones

de Steward, como uno que posiblemente sea un derivado de la que él llama "rueda de rayos" y otros que probablemente se relacionan con el "rastrillo."

Fijémonos desde luego en las series de diamantes. Es importante advertir que dichas series, que constituyen una estilización de la serpiente, aparecen dos veces en el Cerro Blanco, en forma de derivados ya muy evolucionados (1), y que en la tercera, los diamantes no cierran (2). Pero si con la tabla de Steward a la vista se intenta colocar los signos del Cerro dentro de la clasificación allí establecida, notaremos que sólo tienen cabida en el grupo correspondiente al área C, sita en la parte Sur del Estado de California. Y si ateniéndonos a este dato, hasta ahora puramente estadístico, comparamos el croquis de Garza Lara con las diversas reproducciones que nos presenta Steward, de las pinturas correspondientes a la expresada zona (véanse la Fig. 8 y también las planchas 44, 47 y 48 del libro de Steward) el parecido nos dejará asombrados. Efectivamente, el estrecho parentesco que existe entre nuestras pinturas y las de ese rincón de la Alta California, de las que sin embargo se hallan a más de 1,000 kilómetros, y además, separadas por el área A, es algo a mi modo de ver absolutamente comprobado.

Pero hay algo más extraño todavía. Steward, de acuerdo con diversas autoridades, pero siempre tan parco en todo lo que a interpretación se refiere, relaciona esta familia de signos con diversas ceremonias que, según parece, llevaba a cabo la tribu en el momento en que alcanzaban la pubertad las doncellas de la misma. "Estos diseños, dice (3), se distinguen de los que se encuentran en otros sitios, no sólo porque se hallan pintados y constituídos en una forma característica, sino porque se relacionan con las ceremonias de la pubertad de las doncellas, en las regiones donde ocurren. En esta zona se hallan constituídos en diversas formas. Generalmente hay varios grupos. Se hallan comúnmente formadas por un número de zig-zags paralelos, colocados conjuntamente, o bien de zig-zags superpuestos, de manera que forman cadenas de diamantes. El color es casi siempre rojo."

Y más adelante: "El área C es la más extraordinaria de todas nuestras áreas. El diseño predominante es el zig-zag, en diversas formas y combinaciones. Este es el símbolo de la ceremonia de la adolescencia de las mujeres" . . . (4).

Veamos ahora lo que se sabe acerca de la ceremonia misma: "De los Luisños y Cupeños, dice Steward (5), tenemos explicaciones con-

(1) E.g. Fig. 1, B.

(2) Fig. 2, A.

(3) Steward, pág. 203.

(4) Op. cit. pág. 222.

(5) Op. cit. pág. 227.

cretas acerca del significado y propósito de los tipos de pinturas del área C. Entre los Luiseños, las doncellas se veían sujetas a una ceremonia complicada al llegar a la pubertad. Esta ceremonia consistía de ponerlas

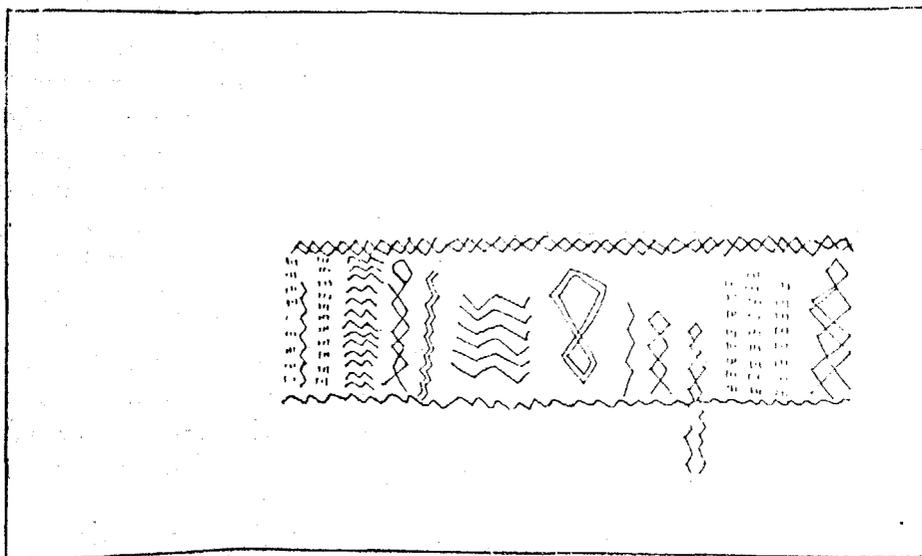


Fig. 8. Pinturas rupestres en las montañas de San Jacinto, California.

dentro de un hoyo con piedras calentadas, durante tres días. La mañana del cuarto día, salían del hoyo y se les pintaba la cara de negro por un mes. Durante el segundo mes, se les pintaba el rostro con rayas verticales, y durante el tercero, con líneas rojas horizontales de carácter ondulante. A este último se daba el nombre de "diseño de la víbora de cascabel." Después de más ceremonias, durante las cuales se hacía uso de un pigmento color de tierra, las doncellas tenían que correr a determinada roca. Ahí se hallaban sus parientes, a fin de darles pintura roja a su llegada, y las muchachas pintaban diseños en forma de diamante, representando víboras de cascabel, sobre la peña. Entre los Cupeños la ceremonia es muy parecida. . . Pinturas de esta clase abundan en el área C y son casi los únicos diseños que ahí se encuentran."

Creo que si la ceremonia se llevaba a cabo de la manera descrita en todos los casos, no tendría aplicación por lo que toca a las series de diamantes del "Banco," que evidentemente acusan una mano experta y un arte mucho más sabio y evolucionado que el de las pinturas californianas. Que constituyan un símbolo de pubertad, es posible, si bien tampoco hallamos este arreglo característico de que habla con énfasis el autor

norteamericano (1). Por tanto, creo que lo único que podemos dar por comprobado es que dicho signo es una estilización de la serpiente, y que existe el parentesco sugerido anteriormente con el área C, y también con el área A, donde también encontramos el diamante doble, o *lozenge*: Steward es el primero en reconocer las afinidades que existen entre dichas áreas, considerando a C como marginal a la otra. Veremos que no son estos los únicos motivos que hay para establecer toda esta serie de relaciones, acentuándose cada vez más los nexos entre A y el "Banco." Por el momento, notemos que las pinturas de C son relativamente recientes, cosa que ya hemos propuesto con relación a las del Cerro Blanco (2).

Volviendo a las relaciones ya anotadas, aunque las pinturas de Durango no tienen como fundamental ese carácter curvilíneo que según Steward distingue a las del área A, en ellas encontramos, en cambio, los círculos unidos, que del otro lado del Bravo se hallan casi siempre en el área expresada, y rarísima vez en las restantes. Lo mismo, aunque en menor grado, puede decirse con relación al "rastrillo," que me sospecho tenemos en el "Banco," en formas derivadas (3). Por lo demás, pero supeditado a las conexiones ya explicadas con A y con C, cierto eclecticismo parece esbozarse en el hecho de que aparezca en ellas el insecto, cosa que viene a vincularlas con el área D, que cubre también parte del Estado de California.

En las series de círculos unidos, antójase, con Mallery, encontrar un significado cronológico. Aunque tanto en el "Banco" como en los petroglifos y pinturas norteamericanas hallamos al sol figurado en forma naturalista, un círculo con rayos, no hay duda que entre casi todos los pueblos de la tierra, el círculo se ha utilizado como símbolo del astro rey, llegando a identificársele con el día; y la tentación de ver en una sucesión de círculos, una sucesión de días, es indiscutiblemente muy grande.

(1) Las series de diamantes aparecen también en petroglifos europeos: Carballo, en su *Prehistoria General* (Madrid, 1924) reproduce, pág. 318, uno en Penas d'Eira dos Mouros, Galicia, en que figuran tres de dichas series, así como los círculos concéntricos, la cruz, la "parrilla" (en profusión), la figura humana (en forma muy semejante a la del Banco), etcétera, constituyendo todo el conjunto un caso verdaderamente extraordinario de paralelismo. No hay duda que un análisis comparativo de la gráfica epilítica de uno y otro mundo llevaría a conclusiones del más alto interés. (Fig. 9.)

(2) Al comunicarme con el señor Steward, le envié unas fotografías de las pinturas del Banco, y he aquí lo que me contestó: "Las fotografías que remite usted, anexas a su carta, efectivamente, se parecen mucho a las pinturas de pubertad de la parte Sur de California. También se asemejan extraordinariamente a algunos pictógrafos rojos en Washington, Oregon e Idaho. No quiero decir naturalmente que eso implique necesariamente una conexión genérica." O sea, según resulta muy fácil, que pueden corresponder a otros propósitos sin que esto naturalmente afecte vínculos posibles y aun probables de otra naturaleza. Por lo demás, es interesante notar que el continuum pictográfico de que forman parte las pinturas del Banco parezca remontarse tan al Norte, como se halla el Estado de Washington.

(3) Frecuencias para los círculos: área A, 32 en 44 casos; B, 3 y uno dudoso en 27; C, 2 en 9; D, 2 en 21. "Rastrillo:" A, 16 en 44; B, 1 en 27; C, 2 en 9; D, 8 en 21.

Que varios círculos concéntricos, solos o en combinación, sirvan para indicar mayores plazos de tiempo es también posible, sin que tampoco pueda asegurarse. El elemento, solo o en series, aparece varias veces en el "Banco," e. g., en D de la Fig. 2, que acaba de servirnos para estudiar las relaciones con el país vecino.

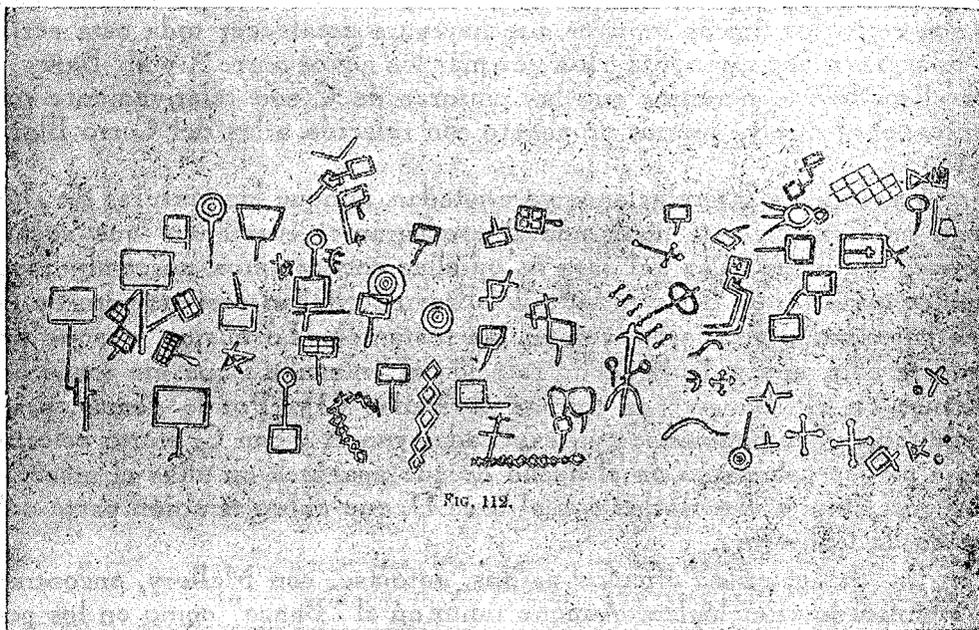


Fig. 112.

Fig. 9. Grabados que se encuentran en las peñas Eira d'os Mouros, Galicia. (Carballo, Prehistoria, Fig. 112.)

Uno de los signos más notables y a la vez más hermosos del "Banco" lo constituye una calavera (C de la Fig. 4), que viene a comprobar que aquí trabajó una mano más certera que en la mayoría de los casos. Otro signo que no he acertado a descubrir en forma absolutamente idéntica en los petroglifos e inscripciones norteamericanas, pero al que me inclino a conceder importancia casi fundamental, en lo correspondiente a las del Cerro, lo proporcionan las largas series en que el elemento (c), (d), de la figura 7, aparece repetido muchas veces, siendo quizá el que más llama la atención desde un principio. (Fig. 2, B y C). El elemento (y el detalle es muy de tomarse en cuenta) generalmente aparece invertido, más o menos a mitad de la serie, sin poderse hacer una declaración categórica, por el hecho de que dichas series se nos ofrecen a veces mutiladas en sus extremidades. La afinidad con el "rastrillo" y la "escalera" de Steward es también notable.

El hecho no del todo excepcional pero sí insólito de que en una

composición de este tamaño no se presente, aparentemente, la figura humana (salvo en la serie excluida por Garza Lara), parece comprobarse si se estudian (e), (f), (g), (h), (i) y (j) de la figura 7, reproducidos por cortesía del Bureau of American Ethnology y correspondientes al arte rupestre de allende el Bravo.

Por lo demás, no pretendo ofrecer interpretaciones. Lo único que me atrevería a aseverar, y eso solamente como una impresión subjetiva, es que en lo personal nunca he podido prescindir de la idea que el conjunto de signos del Cerro se relacionan, ante y sobre todo, con los movimientos de alguna tribu o tribus que operó en esta región en época, aún no muy lejana

Abordado el problema, desde varios puntos de vista, como hemos intentado hacerlo en las páginas anteriores, se llega a una serie de conclusiones, de las que, no obstante, solamente algunas pueden ofrecerse en calidad de provisionales.

1. A pesar de que las pinturas del Cerro Blanco son obra de indígenas no es posible relacionarlas con ningún grupo determinado.

2. Aunque intrínsecamente prehistóricas, y a pesar de que se carece de elementos seguros para emitir una opinión definitiva, no parece probable que sean muy antiguas.

3. Existen indiscutibles diferencias estilísticas que dejan establecidos por lo menos dos grupos distintos de signos, uno, el más pequeño, de tendencia naturalista; y en consecuencia, no es de suponerse que se remonten todos a la misma fecha.

4. Las pinturas presentan muchos elementos en común con diversos petroglifos e inscripciones del Oeste y del Suroeste de los Estados Unidos y de la parte septentrional de la Baja California.

5. Un estudio comparativo basado en los trabajos de Steward nos permite establecer un parentesco muy estrecho entre las pinturas del Cerro Blanco y las de las áreas A y C, del autor precitado.

6. Existe también, en menor grado, un parentesco con las del área B del mismo autor, y relaciones indiscutibles, pero aún indeterminadas, con otras inscripciones y petroglifos de esa parte de México.

7. A pesar de las relaciones expresadas, las pinturas del Cerro no caben precisamente dentro de las categorías establecidas por Steward, y revelan, por lo general, un arte mucho más sabio y más avanzado hacia la estilización que el del Oeste y Suroeste de los Estados Unidos.

8. Aunque varios de los signos reproducen en forma que no admite discusión diversos objetos naturales, no es posible determinar ni el propósito de los mismos, ni su significado dentro del grupo o grupos de que forman parte. Unos quizá se relacionan con migraciones o movimientos locales, otros son estilizaciones de la serpiente, mientras que un tercer

grupo puede ser de carácter cronológico, pero no puede asegurarse nada en forma definitiva.

9. Resulta necesario emprender el estudio sistemático de todo el abundante material rupestre que se halla distribuído en el Norte de México, toda vez que de dicho estudio se obtendrán, indiscutiblemente, datos del más alto interés para la prehistoria de toda esa comarca.



Foto 1. El Cerro Blanco, Dgo.



Foto 2. "Los Pilares."

**BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA**



Foto 3, Rocas superpuestas.



Foto 4. Rocas superpuestas.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA

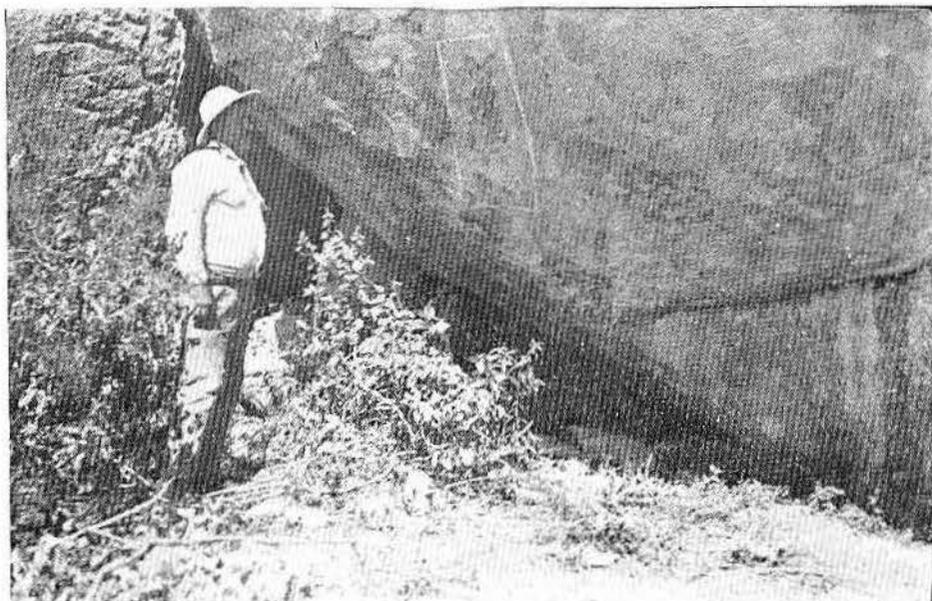


Foto 5. Pinturas del "Banco"; parte hacia el poniente.

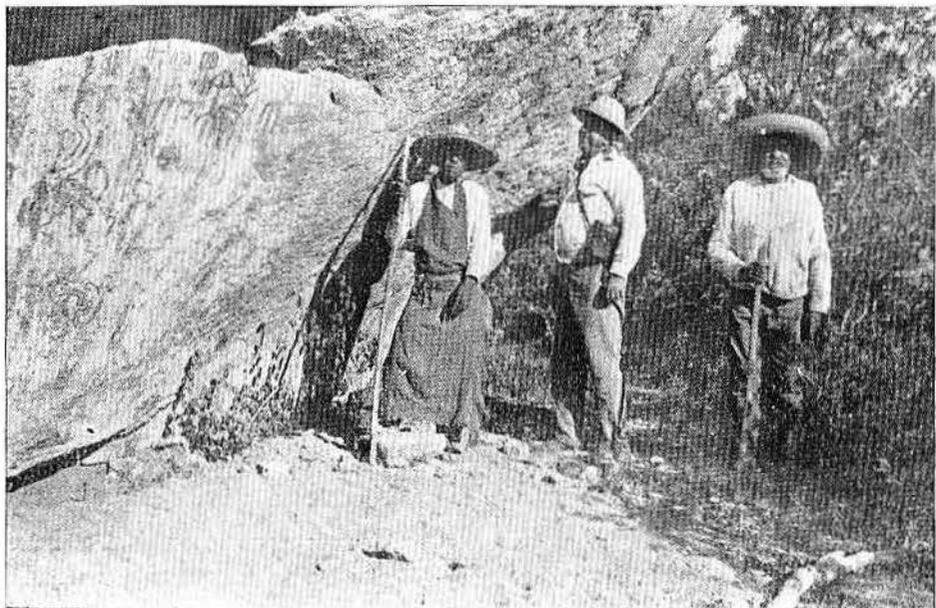


Foto 6. Pinturas del "Banco"; parte hacia el oriente.

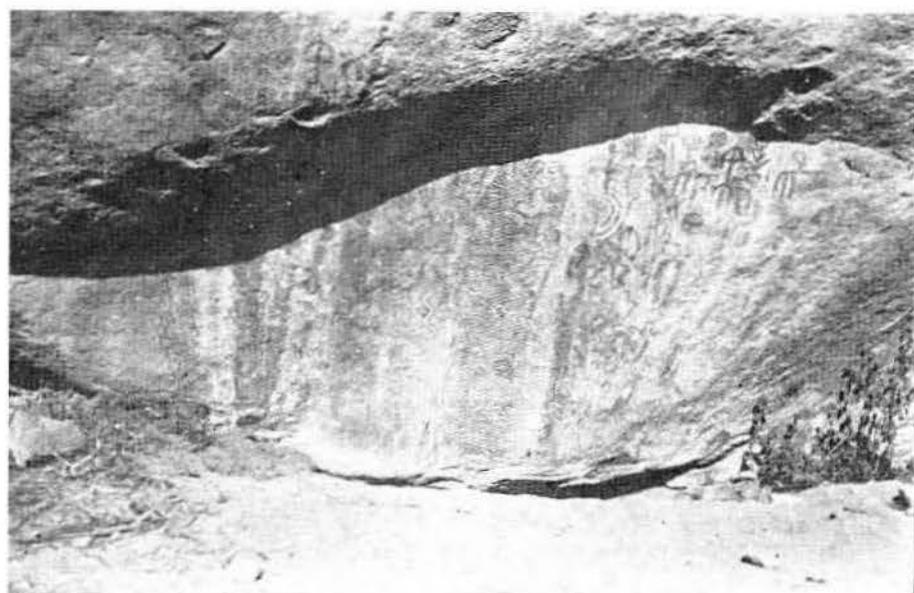


Foto 7. Pinturas del "Banco"; vista de conjunto.

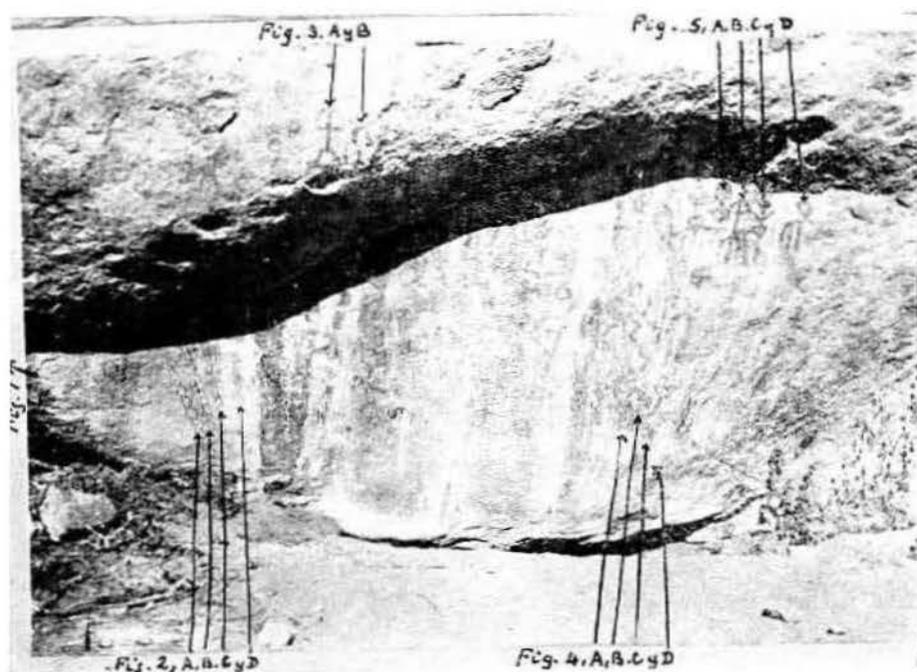


Foto 8. Pinturas del "Banco"; conjunto, clave para las Figs. 1, 2, 3, 4 y 5.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ANTROP.
E HISTORIA



Foto 3. Rocas superpuestas.



Foto 4. Rocas superpuestas.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Foto 5. Pinturas del "Banco"; parte hacia el poniente.

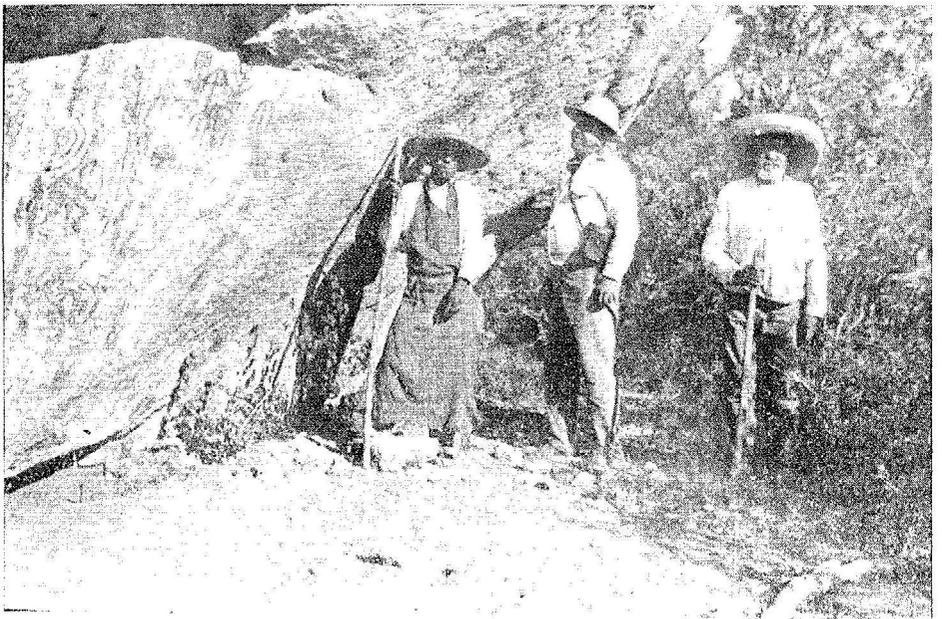


Foto 6. Pinturas del "Banco"; parte hacia el oriente.

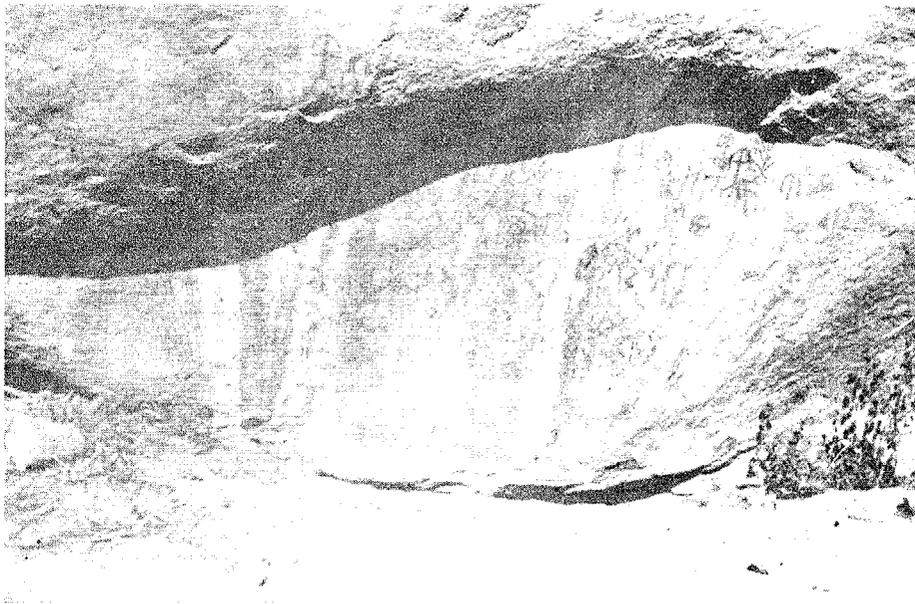


Foto 7. Pinturas del "Banco"; vista de conjunto.

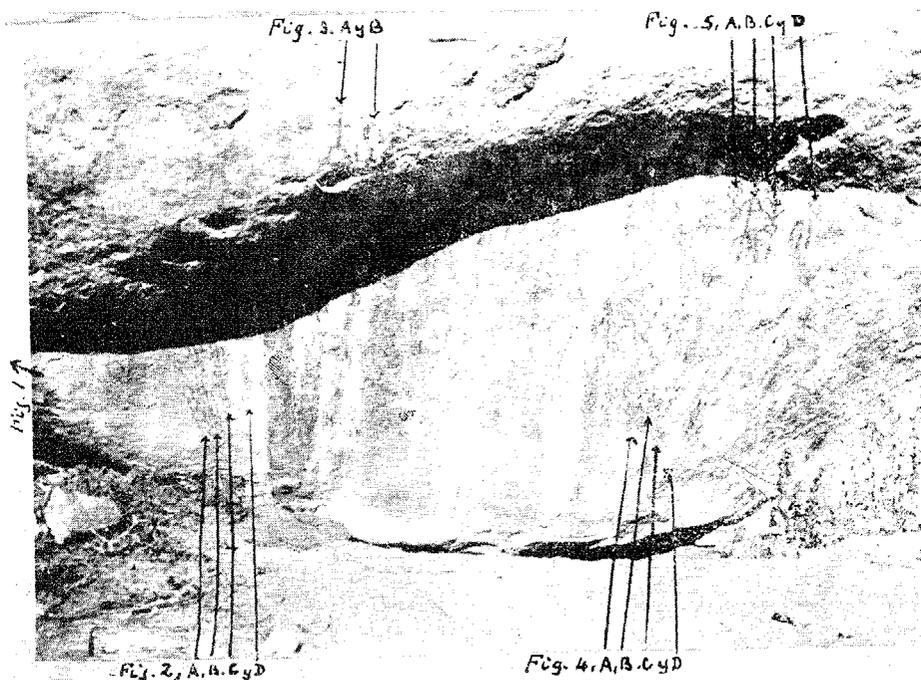


Foto 8. Pinturas del "Banco"; conjunto, clave para las Figs. 1, 2, 3, 4 y 5.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA
E HISTORIA

